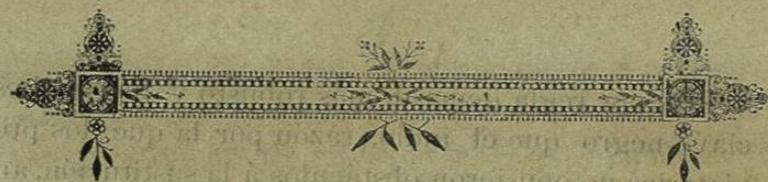


y degenerándose paulatina y gradualmente, tanto por la indolencia que se apoderó de ellos, cuanto por la educación que trataron de darles las autoridades y los misioneros.

Al terminar el siglo XVI la región cordobesa pertenecía casi toda al partido de Huatusco, cuyo alcalde mayor extendía su poder hasta los límites al este con las tierras que estaban bajo la inmediata jurisdicción de la Villa Rica de Veracruz.



### CAPITULO III.

Desarrollo de la esclavitud africana.—Los negros cimarrones.—Insurrección del Yanga.—Organización de su pueblo.—Alarma en México por el alzamiento de esclavos.—Envía el virey una división de tropas contra los negros.—Carta del Yanga al capitán Herrera.—Combate entre los esclavos y las fuerzas vireinales.—Sumisión del Yanga.—Fundación de San Lorenzo Cerralvo.

La esclavitud de los indios no fué del agrado de varios vireyes, principalmente de D. Antonio de Mendoza y D. Luis de Velasco, quienes trataron con empeño de sustituirla con la esclavitud de africanos.

Era, por regla general, más robusto y fuerte el esclavo negro que el indio, razón por la que los propietarios no opusieron obstáculos á la sustitución, antes bien la acogieron con favor, desarrollándose hasta el grado de que en poco más de medio siglo, no hubiese una sola hacienda ó rancho que no contase negros á su servicio.

Era natural que se despertase en aquellos infelices, sujetos siempre á rudos trabajos y constantemente fustigados por el látigo del amo, el deseo vehemente de romper sus horribles cadenas. De ahí que se evadiesen sin cesar de las haciendas y se refugiaban en los montes, en donde al menos podían morir libres.

Desde la época misma del virey Mendoza (1537) habían comenzado las evasiones de los negros y los ataques á mano armada por las gavillas de ellos formadas. Logró Mendoza reducirlos, mandando dar muerte á los que se pudo capturar, sufriendo en consecuencia la pena capital hasta docenas de negros, cuyos cadáveres hechos cuartos y salados fueron presentados al virey en testimonio de la ejecución (1). Semerjantes medidas de rigor no consiguieron calmar el mal sino por el momento.

Poco hubiera importado al gobierno español que se sucediesen sin descanso las evasiones de esclavos,

(1) *Izalbaceta*, cit. por varios autores.

porque ó bien los fugitivos eran vueltos á apresár, castigándoseles con duras prisiones ó con la muerte, ó bien morían en las selvas miserables y hambrientos. Mas á fines del siglo XVI tomó tal incremento la evasión de negros, que llegó á constituir un peligro serio para la sociedad, por los desmanes que cometían las tropas de esclavos guarecidas en los montes.

En principios del siguiente siglo tomó aún la insurrección de africanos un aspecto más formidable.

Hacia treinta años que un negro, á quien apellidaban *El Yanga* (1), había logrado romper las cadenas de la esclavitud. El Yanga se decía heredero de uno de los pequenísimos reinos perdidos en el interior de Africa. Era *bran* por su nacionalidad, según el P. Alegre; ó quizá de la tribu de *Yang-bara*, una de las tribus de los Dincas en el Alto Nilo, entre los baris y los macaras (2), según "México á través de los siglos."

El Yanga era de cuerpo airoso y elegante porte, y de modales bellos y afables. Era tan respetado y querido entre los de su raza que los negros solían llamarle á menudo "*padre Yanga*." Durante treinta años proyectó la revolución que al fin pretendió llevar á cabo.

(1) Expresión que equivale á *e' principe*, según parece

(2) Según *Federico Ratzel* en "Las razas humanas," la tribu de los Yanbaris está al sur de los Dincas y al oeste de los Baris. Es un pueblo pacífico y entregado á la agricultura.

La falta de cuidado de los contemporáneos del Yanga y muy probablemente el interés de los españoles, han hecho que desconozcamos las verdaderas intenciones del caudillo africano. Sin embargo, algunos datos de los que se conservan, autorizan á creer que el Yanga distaba mucho de ser un bandolero común, como pretenden pintarlo ciertos cronistas.

El P. Alegre asegura, en efecto, que el Yanga, durante los treinta años que meditó su revolución, logró con sus bellos modos reunir á su lado á los esclavos fugitivos, infiltrándoles poco á poco sus ideas (1). Estas expresiones serían, cuando menos, extrañas si se refiriesen á un vulgar salteador de caminos.

El Yanga se guareció con los suyos en la vertiente oriental del Citlaltepeñ, inclinándose después más al sur, hasta fijarse en las montañas que comienzan en las márgenes de Rio Blanco, cerca de Omealca, y que son las primeras eminencias de la sierra de Zongolica. Cuando se vió rodeado de un número regular de partidarios, que no solamente eran negros esclavos evadidos sino tambien hombres libres, de casta, que huían de las autoridades españolas, organizó su pueblo en una especie de pequeña monarquía. El Yanga se ins-

(1) El P. Alegre adquirió esos datos del P. Laurencio, quien acompañó á González de Herrera en la campaña contra los negros.

tituyó á sí mismo como jefe supremo, mas siendo de edad avanzada, se reservó el gobierno civil y político, confiando el mando de las armas á otro negro, natural de Angola, el cual era llamado Francisco de la Matosa, por el nombre del amo á quien había servido.

El lugar que los negros escogieron por refugio era montañoso y casi inaccesible, pero extremadamente fértil; así es que los compañeros del Yanga se encontraban no solamente á cubierto de sorpresas, sino suficientemente protegidos contra el hambre en caso de un sitio. Veremos por lo demás, bien pronto, toda la admirable organización de aquel pueblo singular.

Desde sus montañas los negros hacían frecuentes correrías asaltando á los viajeros y á las haciendas y fincas de campo, que con frecuencia incendiaban, llevando su osadía hasta apoderarse de las conductas reales. Estos merodeos, por criminales que hayan sido, no son sino la consecuencia necesaria de las circunstancias especiales que rodeaban al Yanga. Viviendo en medio de un país enemigo, sin armas propias y sin más elementos de defensa que los que él mismo se proporcionara, teniendo por partidarios á hombres ansiosos de vengar los ultrajes recibidos, aún parece que la autoridad del Yanga debió ser mucha cuando pudo impedir mayores excesos.

Al comienzo del año de 1609 se expandió el rumor,

en México, de que los negros intentaban alzarse con el reino, matando á las autoridades europeas y nombrando su rey y demás dignatarios de entre ellos mismos. Decíase que el día de Reyes (6 de Enero) era el momento prefijado para el levantamiento general.

Quiso D. Luis de Velasco el menor, virrey entonces de la Nueva España, calmar la ansiedad general, y á este fin ordenó que varios negros que existían en las cárceles por otros delitos, fuesen azotados públicamente, como para indicar que la conspiración había sido descubierta y castigados sus autores. No se ocultó á algunos, sin embargo, que los miserables, víctimas de semejante reprobada medida, no habían cometido más crimen que haber nacido con la color negra.

La primera autoridad de la Colonia no se había descuidado, mientras tanto, en tratar de reprimir la insurrección de esclavos; mas convencido con los descalabros que sufrieron algunas pequeñas partidas de españoles, de que no era posible atacar al Yanga sino en debida forma y con buen armamento, mandó organizar una expedición, cuyo mando confió al capitán D. Pedro González de Herrera, vecino de la Puebla de los Angeles. A fin de evitar que los negros se apercibiesen á la defensa, dispuso el virrey que ningún hombre de color saliese del recinto de la ciudad, en tanto que se activaban los preparativos de guerra,

pensando y logrando de este modo que la noticia de la actitud hostil de las autoridades españolas no llegara á conocimiento de los sublevados.

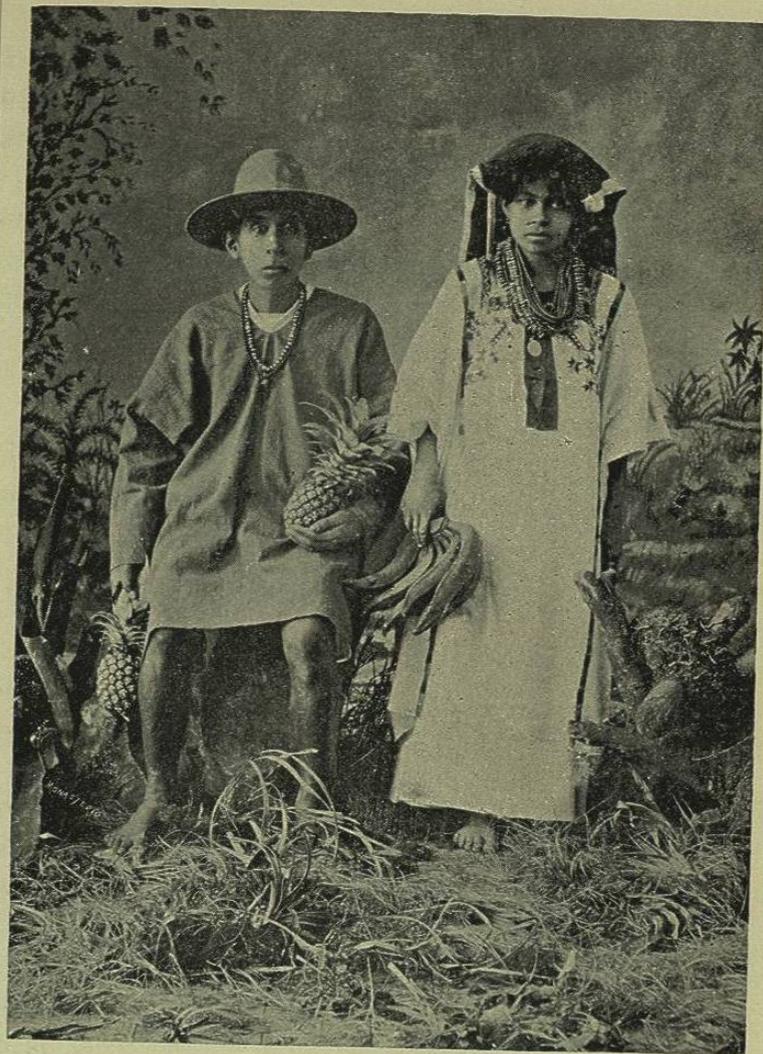
El capitán González de Herrera salió de Puebla el día 26 de Enero de 1609. Sus tropas se componían de 100 soldados, un número casi igual de aventureros y 150 indios flecheros: posteriormente se le agregaron en el tránsito otros 200 guerreros, entre españoles, mulatos y mestizos, formando un total de cerca de 600 hombres. También se incorporaron á los españoles dos jesuitas misioneros, uno de los cuales fué el P. Juan Laurencio á quien debemos las pocas noticias que sobre el Yanga se conservan.

González de Herrera avanzó con la mayor cautela por senderos extraviados, persiguiendo constantemente el fin de que los negros no pudieran prepararse para la defensa. El Yanga acabó, sin embargo, por saber todos sus movimientos, pero cuando ya la fuerza española acampaba en frente de las fuertes posiciones que ocupaba cerca de Omealca.

En aquellos días fué hecho prisionero un español, habitante de una las estancias de campo asaltadas por los negros. Llevado á la presencia del Yanga, recibióle éste con la altivez de un monarca, diciéndole: "Español, no temas, que no morirás pues has visto mi semblante."

Poco tiempo después fué concedida la libertad al prisionero, á condición de que entregase al capitán González de Herrera una carta del caudillo africano. El contenido de dicha carta es notable por las ideas sostenidas en ella, y por la energía de la exposición; el P. Alegre nos ha trasmitido los principales puntos de esa pieza en que el Yanga decía al capitán de las fuerzas vireinales: "que ellos se habían retirado á aquel lugar para libertarse de la crueldad y de la perfidia de los españoles, que sin ningún derecho pretendían ser dueños de su libertad; que favoreciendo Dios una causa tan justa habían hasta entonces conseguido gloriosas victorias de todos los españoles que habían venido á aprehenderlos. Que en asaltar los lugares y haciendas de los españoles no hacían sino recompensarse por la fuerza de las armas de lo que injustamente se les negaba. Que no tenían que pensar en medios de paz, sino que conforme á sus instrucciones viniese luego á medir las armas con ellos, y para que no pretestase su cobardía ignorancia de los caminos, le enviaba al portador, á quien no había querido dar la muerte, porque le sirviese de guía y le excusase el trabajo de buscarlos."

La carta del Yanga hizo comprender á González de Herrera que eran inútiles todas las negociaciones y necesario emprender la campaña. El virey había ordenado que los misioneros se agregasen á la expe-



Indígenas de Amatlán.

dición con el objeto de tratar de someter á los negros por medio de la persuasión y el temor religioso: la firmeza del Yanga destruyó semejantes esperanzas.

A principios de Febrero abandonó González de Herrera la finca de labor en donde hasta entonces se había fortificado, convirtiéndola en almacén de provisiones de guerra y boca, y centro general de operaciones, y avanzó sobre el enemigo destruyendo sus chozas y talando sus sementeras.

Muy luego tuvieron un encuentro las avanzadas españolas con una pequeña fuerza de caballería de los negros, la cual andaba en uno de sus merodeos por el camino de Orizaba. Los insurrectos huyeron sin esperar el ataque, llevando la alarma á su campamento. Los primeros momentos después de su llegada fueron de tumulto y confusión, gritando las mujeres y los niños y no atinando los hombres á tomar sus armas; la autoridad de los jefes se impuso al fin, restableciendo el orden y dictando las medidas conducentes á la defensa.

Aprestáronse á toda prisa las armas disponibles, acumuláronse rocas y troncos de árboles que poder arrojar á los contrarios y se fortificó el lugar con fuertes empalizadas.

Era el sitio elegido por el Yanga para la locación de su pueblo una pequeña altiplanicie rodeada de

campos cultivados, de los que recogían abundante cosecha de maiz, frijol, patatas y tabaco, existiendo igualmente sembrados de algodón que aprovechaban en pequeños telares, así como una abundante colección de árboles frutales. Calcúlase que el pueblo propiamente dicho se componía de un centenar de casas agrupadas al derredor de una pequeña y rústica iglesia, que se alzaba en el centro como una remembranza de la educación cristiana que los negros habían recibido en la casa de sus amos.

El 21 del mismo Febrero llegó González de Herrera á la margen izquierda del rio Blanco, en frente pero á considerable distancia de la posición enemiga, permaneciendo todo el dia en observación, protegido por una empalizada que mandó construir.

Dispuso el Yanga que se ocultase en emboscada una sección de sus tropas en el camino por donde se supuso que avanzarían los españoles. Siendo él mismo de edad muy avanzada para el combate, según ya dijimos, determinóse á permanecer en el pueblo escalonando el resto de sus fuerzas en la áspera cuesta que se ofrecía al paso del enemigo.

Vadeó éste el rio el 22, dividido en tres columnas. Marchaban en la primera los indios flecheros, con orden de abrirse camino por entre las malezas con los machetes; seguía la tropa reglada con González de

Herrera á la cabeza, y cerraba la marcha la tercera columna, compuesta de los soldados aventureros, á las órdenes de un alférez, sobrino del capitán español.

La columna de González de Herrera avanzaba en derechura de la emboscada de los negros. Quiso la casualidad que siguiese á uno de los soldados un perrillo que descubrió el escondite, anunciando con sus ladridos el peligro.

Apoyados en una roca los negros cimarrones, esperaban que los españoles se empeñasen más en la subida. Salvada la emboscada, con cuyo auxilio contaban los bozales (1), embistieron con denuedo las tropas vireinales al grueso de las fuerzas del Yanga, ya desanimadas por el fracaso de su ardid de guerra. La resistencia que hicieron fué, no obstante, valiente y sostenida, lanzando sobre los asaltantes enormes peñazcos y troncos de árboles que causaban grandes daños en los españoles. El mismo capitán salvó casi por milagro de un arrastre de roca, del que resultó gravemente herido el escudero que le acompañaba.

Quizá se hubiera prolongado más la lucha, pero un refuerzo de indios flecheros que llegó á auxiliar á Herrera, terminó de acobardar á los negros, haciéndolos

---

(1) Esclavos recién importados de Africa; por extensión, cimarrones.

replegarse en desorden á su pueblo, distante todavía media legua.

Los españoles siguieron al alcance de los fugitivos insurrectos, teniendo que vencer los obtáculos del terreno, si bien á menos costa de lo que hubieran podido esperar.

El Yanga, quien como ya dijimos no había tomado parte en la lucha, permanecía en el campamento confiando en que el enemigo no conseguiría penetrar hasta él. La llegada de los primeros dispersos puso en alarma á los que habían quedado en el pueblo, queriendo todos huir desordenadamente. Gracias al respeto que le guardaban sus partidarios, pudo el Yanga sugerir alguna calma y disponer la salida que se efectuó inmediatamente.

Las tropas de González de Herrera se hicieron dueñas, pocas horas después, del campamento y del ganado, ropas y dinero que los negros abandonaron en su fuga.

La guerra, no se dió, sin embargo, por terminada con semejante triunfo. Los insurrectos siguieron defendiendo sus montañas como terreno propio, mas fueron constantemente derrotados en todas las acciones de guerra que sostuvieron.

Deseoso el capitán español de terminar la campaña, hizo fijar cédulas en los árboles ofreciendo el indulto

á nombre del virey, sin duda con anuencia ó mandato de éste, al Yanga y á los que de su partido depusiesen las armas.

El inflexible caudillo de los esclavos se encontraba casi solo por la muerte de varios de sus tenientes, pero no por esto se sometió, sino que escribió una carta al virey Velasco, proponiéndole las bases de la pacificación. En dicha carta, después de protestar que su intención no había sido ofender á Dios ni al rey, sino usar de su legítimo derecho, ofrecía someterse con todos los suyos siempre que se le diese un lugar no distante del que entonces ocupaban, en donde pudiesen vivir con sus mujeres y sus hijos en calidad de libres. Ofrecía en cambio no permitir en lo de adelante la incorporación entre ellos de esclavos fugitivos, y respetar las autoridades civiles y eclesiásticas que se les impusieran.

El virey aceptó las condiciones del Yanga y en consecuencia los negros entregaron las armas, designándoseles un lugar para la fundación de su pueblo, la cual se efectuó poco más tarde. Tal fué el origen del pueblo de *San Lorenzo Cerralvo* ó *de los negros*, á cosa de veinte kilómetros al sureste de Córdoba (1).

(1) Es de suponerse que el nombre "Cerralvo" lo tomó posteriormente á su fundación.